

# La propaganda con los hechos... y con los medios

**JORGE BRAVO**

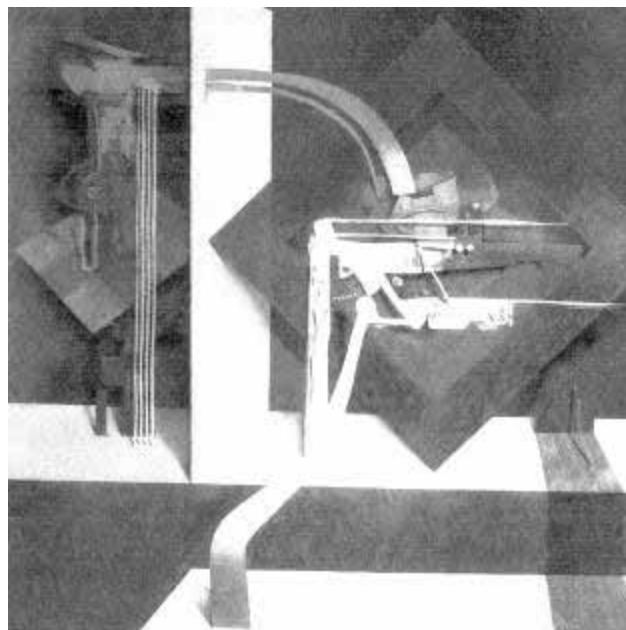
...el tempestuoso encanto del terror...  
Frankenstein

La imagen permanece: el segundo avión impactándose en las torres gemelas el 11-S. El mundo lo vio infinidad de veces. El hecho está grabado, registrado. La cámara hace el recorrido del avión hasta que se transforma en lumbre y escombros, y más tarde es testigo del colapso de los edificios emblemáticos. El primer avión secuestrado en la historia ocurrió en 1931 durante un golpe militar en Perú, pero los más recordados son los de Nueva York. Thomas De Quincey habría denominado a los atentados “una de las bellas artes”. Para los autores materiales e intelectuales se trató de “la propaganda con los hechos”, un slogan terrorista del siglo 19 acuñado por un médico francés, Paul Brousse: más acción y menos teoría, mítines, panfletos, publicaciones, discursos.



El terrorismo es un fenómeno multiforme, de amplio espectro político, siempre de vanguardia: en las ideas y en las formas. Consiste en el empleo –preciso y muchas veces indiscriminado– de la violencia politizada por elementos radicales y fanáticos de una sociedad. Hidra de múltiples cabezas. Anarquista, socialista o fascista. Religioso. De izquierda o de derecha. Obrero, campesino y estudiantil; predominantemente urbano, juvenil y de clase media. Nacionalista, separatista y/o transnacional. Analizar el terrorismo implica particularizarlo: no fue, es, ni será siempre igual. Cada grupo terrorista ha sido peculiar en su “ideología”, causas y modus operandi. Desde la daga y el veneno, pasando por la dinamita y la bomba hasta las supuestas armas de destrucción masiva.

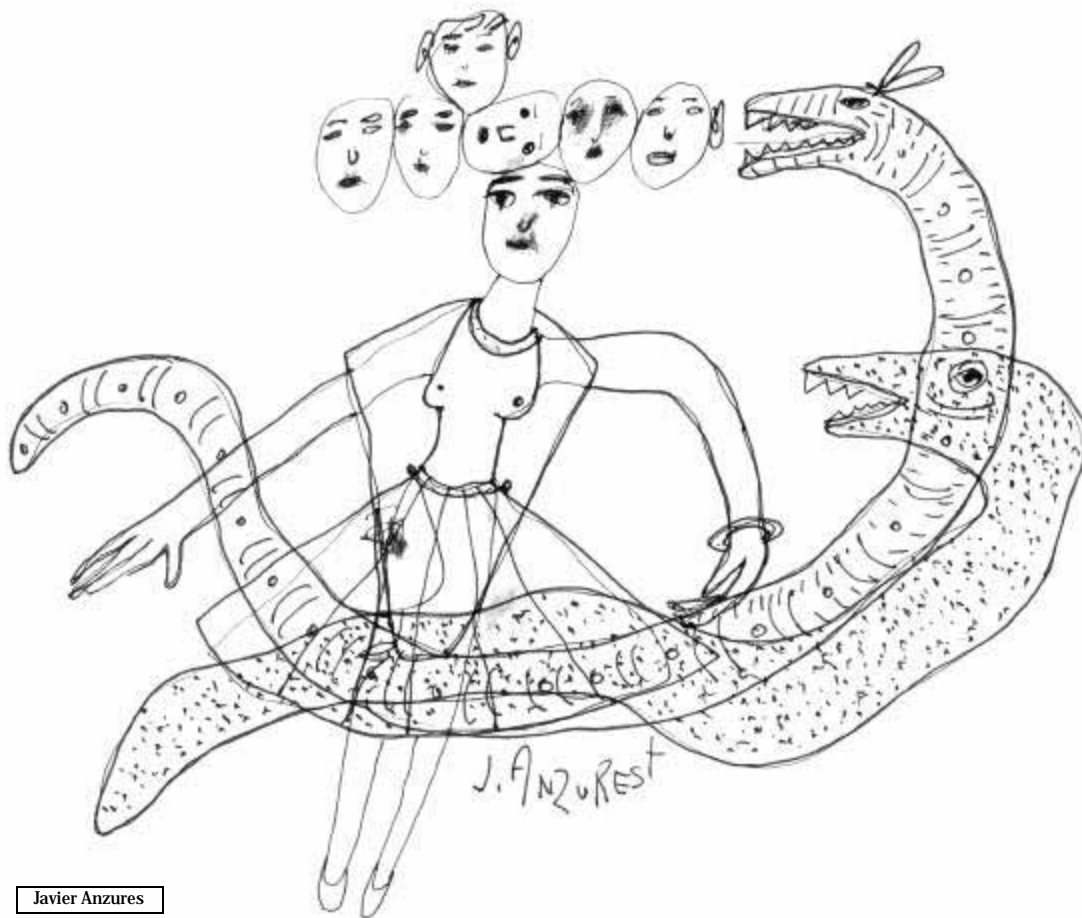
El terrorismo despierta sentimientos encontrados. Desde el rechazo absoluto hasta matices de romanticismo. El término resulta peyorativo en sí mismo. Entre el guerrillero y el terrorista, históricamente el segundo ha obtenido la peor parte. Octavio Paz criticó el terrorismo y dijo que “no sólo sus métodos son reprobables sino que su ideal no es la libertad sino la instauración de un despotismo de sectarios”. Ciertamente se encuentra entre los límites del idealismo y lo delincencial, pero es indudable que las huestes terroristas son rebeldes con causa. Está dirigido en contra del statu quo, las normas establecidas, los gobiernos, las instituciones, los dirigentes políticos “represores” y con menos frecuencia contra otro grupo, clase o partido. Octavio Paz creyó erróneamente que “a medida que la democracia y el federalismo se afirman el terrorismo tenderá a declinar”. La realidad es muy distinta. Paradójicamente el terrorismo ha sido campo propicio en las sociedades democráticas y no en las dictaduras o en los regímenes autoritarios, decididos a reprimirlo. El dilema o contradicción del terrorismo consiste en operar allí donde existen –aunque sea de manera parcial– los vehículos institucionales para



Oswaldo Sagástegui

actuar pacíficamente. Si acaso el origen del terrorismo es la opresión, los agravios, las injusticias o las situaciones desesperadas, sólo en condiciones de relativa libertad ha podido operar como ultima ratio.

Hasta antes del 11-S el terrorismo cargó con el estigma de Sísifo. Políticamente fue poco eficaz; con frecuencia logró lo contrario al objetivo buscado. El trabajo de los terroristas resultó inútil en la mayoría de los casos. La Primera Guerra Mundial hubiera estallado independientemente del asesinato cometido por Favrilo Princip en Sarajevo. Los atentados del 11 de marzo en Madrid son un caso paradigmático y como nunca en la historia se les puede atribuir una indudable influencia política directa. Gracias a los bombazos, la sociedad española pudo sensibilizarse y percatarse de la manipulación informativa del gobierno de José María Aznar. Ello demuestra que el terrorismo sí trasciende cuando acontece en el lugar y en el momento precisos, cuando la provocación ocurre en coyunturas muy concretas. Los agresores supieron identificar el eslabón más endeble de la Alianza contra el “terrorismo”: España.



Javier Anzures

Por lo tanto, la relación del terrorismo con los medios de comunicación es cordial, casi amistosa, simbiótica. No obstante el control informativo y los intentos por minimizar las consecuencias de los atentados, los mass media siempre publicitan las acciones terroristas. Los asesinatos políticos, los secuestros, los autos-bomba, asaltos bancarios y tomas de embajadas buscan atraer la atención de las instituciones mediáticas. El sensacionalismo de éstas ha magnificado en muchas ocasiones los eslóganes y las acciones terroristas. Recientemente la estrategia propagandística auspiciada por Estados Unidos y los medios de comunicación a su servicio, ha consistido en maximizar intencionalmente las dimensiones y capacidades logísticas y económicas de los “grupos terroristas”. Según esta óptica, Al Qaeda es una organización transnacional con células (campos

de entrenamiento, cuentas bancarias, seguidores) distribuidas por todo el orbe, cuando históricamente los grupos terroristas han garantizado su existencia, seguridad y operatividad con base en estructuras muy reducidas y cerradas.

La única tensión con los medios de comunicación ha ocurrido cuando los terroristas identifican a periodistas considerados agentes o espías de los gobiernos imperialistas. En estos casos no han dudado en intimidarlos o matarlos. En otros tiempos se rechazó a la prensa (burguesa) por ser vocera de los gobiernos opresores.

En este sentido el terrorista es descendiente de Eróstrato: aquel personaje quien incendió el templo de Diana en Éfeso a fin de hacer su nombre célebre y alcanzar la fama. Asimismo el terrorismo se ha servido de los medios de comunicación para llamar la atención

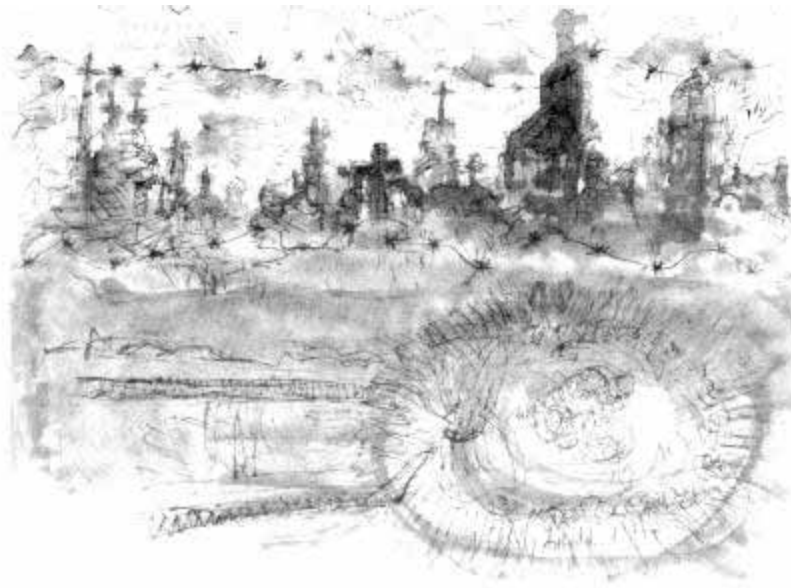
en torno a su causa. La táctica más llamativa consistió en el secuestro de aviones. Muchas veces esta búsqueda de publicidad mediática los ha hecho desviarse del objetivo principal y cometer atentados en contra de “blancos” evidentemente inocentes, en lugar de golpear los centros neurálgicos de los sistemas opresores que desean combatir. Como acertadamente dice Walter Laqueur, estudioso del tema, los terroristas se dieron cuenta de que sólo el silbido de las balas y el estruendo de las bombas eran el único sonido al que los gobernantes y los mass media prestaban atención. Reivindicar un atentado forma parte de ese mismo “síndrome” de Eróstrato. “Un simple hecho generaba más propaganda en pocos días que un millar de panfletos.” Los atentados debían reforzar la acción de las publicaciones y los discursos subversivos, los postulados de ideólogos del terrorismo como Bakunin o Johann Most. Este último fue uno de los primeros en reconocer la importancia de los medios de comunicación; sabía que las acciones terroristas llegarían a conocerse en todos lados y las causas serían discutidas, lo que posteriormente se denominó “efecto eco”: la imitación sistemática de los atentados; similar a los supuestos comunicados de Al Qaeda para desatar la yihad o “guerra santa”. Antes de acceder al poder, Joseph Goebbels sabía que cualquier acto de violencia política aparecería necesariamente en las primeras planas de todos los periódicos.

El terrorismo internacional se adelantó varias décadas a la llamada globalización. Los terroristas decidieron no actuar exclusivamente en sus “territorios”. La sofisticación de los explosivos y el creciente impacto e influencia de los medios de comunicación permitió que las agresiones adquirieran aún mayor notoriedad si eran perpetradas en terceros países, como lo ocurrido en la villa olímpica de Múnich, Alemania, en 1972. Secuestrar funcionarios y empresarios, capturar rehenes o atacar contra embajadas de Estados Unidos resultaba de un

valor noticioso inmejorable. Los medios de comunicación podían estar controlados por los gobiernos, pero no podían abstraerse de su naturaleza. En ocasiones se han apoderado de emisoras de radio y televisión para difundir su mensaje.

Recientemente la internet se ha convertido en un vehículo idóneo para difundir las causas de los grupos terroristas, siempre atentos a las innovaciones tecnológicas. La casi imposibilidad de censurar este medio les ha permitido dar a conocer su propio punto de vista. Antes los panfletos caían del cielo, ahora circulan por la red. Los correos electrónicos llegan “a domicilio”, se trata de un fuego cruzado de información (iniciado durante la guerra de Kosovo) en el cual cada una de las partes beligerantes ofrece –intenta imponer– su propia visión del mundo.

Incluso la televisora satelital Al Jazeera, propiedad del emir de Qatar, Sheik Hamad bin Khalifa al Thani, aliado de la política de Bush en Medio Oriente (el Comando Central de Estados Unidos se instaló en Doha, capital del emirato), ha difundido información contraria a los intereses de la Coalición. De hecho durante la invasión a Irak la televisora fue bombardeada en varias ocasiones por el ejército estadounidense porque las imágenes socializadas por Al Jazeera (sangre musulmana derramada, sufrimiento iraquí, alaridos de mujeres, llantos de niños, escenografías ruinosas y arena del desierto en las mejillas humedecidas por las lágrimas) eran la antítesis de las imágenes de la CNN o la BBC: despliegue tecnológico, equipo bélico de punta, armamento inteligente, infinidad de gráficos, mapas y animaciones. La Casa Blanca calificó a Al Jazeera portavoz del terrorismo porque transmitió en exclusiva el material audiovisual de Osama bin Laden y Saddam Hussein. El slogan de la televisora árabe es “La opinión y la otra opinión”, sustentado en lo que ellos llaman “objetividad contextual”: “el medio debe reflejar todos los lados de la histo-



Castañeda

ria pero manteniendo los valores, las creencias y los sentimientos de su público”.

En la actual “era de atentados” iniciada el 11-S, el término “terrorista” se ha convertido en un epíteto del “mal”, como otrora lo fueron bolchevique, comunista o fascista. Los media (como el cine propagandista de Hollywood) se encargan de difundir al mundo las nuevas clasificaciones y los nuevos “enemigos” (musulmanes, chinos, coreanos y mexicanos según Samuel Huntington). De igual manera, se ha equiparado al terrorista con el fundamentalista islámico cuando no existe comparación alguna. El fundamentalismo es una actitud partidaria (basada en fundamentos de índole teológico) para el mantenimiento de la integridad de las tradiciones. Un fundamentalista no necesariamente ejerce el terrorismo ni es exclusivo de las culturas mahometanas. A finales del siglo 19 surgió en Estados Unidos un fundamentalismo vinculado a la mayoría de las confesiones protestantes ortodoxas; George W. Bush y su grupo de neocons (neoconservadores) son sus más fervientes seguidores.

Si bien los atentados del 11-S son terroristas por antonomasia, ya que hasta el momento no han sido reivindicados por ningún grupo (aunque de inmediato y por unanimidad los medios estadounidenses los atribuyeron

a Osama bin Laden y Al Qaeda), los ataques en las ciudades iraquíes no pueden considerarse terrorismo. Como dice Naief Yehya: “Estas guerras son denominadas asimétricas, debido a que la enorme diferencia de equipo, armas y material obliga al lado en desventaja a recurrir a métodos poco convencionales de combate, que los poderosos denuncian como terroristas.” En efecto, la resistencia de un pueblo (afgano, iraquí, palestino...) invadido por un ejército extranjero no puede considerarse como conjunto de acciones terroristas. Lanzar un misil “inteligente” desde un submarino y hacer detonar un coche-bomba es tan anónimo, inesperado y sorprendente como cualquier atentado terrorista. La diferencia radica en la sofisticación tecnológica y en la capacidad para realizarlo.

Por ello algunos analistas han visto en el terrorismo islámico actos simbólicos de guerras intestinas o civiles que intentan influir en el comportamiento político por medio de la utilización de la violencia. Algunos más como Walter Laqueur atribuyen cierto desencanto generacional, insatisfacción social o tedium vitae ante las situaciones adversas de los pueblos árabes y el “declive” de ideologías como el socialismo. Asimismo cierto vínculo entre la fe en las posibilidades del terrorismo y la

religión. Octavio Paz calificó poética y despectivamente a los terroristas de nihilistas y hedonistas: “es abandono, abdicación, cobardía frente al sufrimiento y la muerte... no es una crítica de esta situación: es uno de sus síntomas”.

Lo cierto es que el musulmán está obligado a combatir en defensa de su fe. El Corán (Alá) dice: “Luchad contra ellos hasta que no haya más oposición y la religión debida sea sólo para Allah.” Tomada al pie de la letra, la sentencia de Alá obliga a enfrentarse a todo no islamista, porque “la oposición (a la fe) es más grave que el asesinato” y la creencia es más valiosa que la vida. Yihad significa legal y doctrinalmente el “máximo esfuerzo de uno para conseguir un objetivo determinado”. Todo musulmán que muere en el yihad se convierte en mártir de la fe y tiene prometido un lugar especial en el Paraíso. Sin embargo, el Corán contiene innumerables “pasajes” donde se condena explícitamente la violencia porque ofende a Dios: “en religión –advierte Alá– no hay coacción”.

Occidente debe reconocer –al lado de sus medios de comunicación, periodistas y algunos analistas que se han dedicado a especular desde el 11-S– su profunda ignorancia de la concepción y las culturas árabes. Podemos criticar los móviles del terrorismo; comprenderlo es más complicado porque implica pensar y sentir como ellos. No quiere decir que tengan la razón, pero sí tienen su propia razón. Tal vez acierta Walter Laqueur: “La religión, al igual que el terrorismo, ofrece certidumbre. La religión, al igual que el terrorismo, exige a las personas que hagan un sacrificio a favor de una causa superior a ellas mismas. Cuando la religión tradicional queda descartada, una nueva fe toma su lugar, ya sea la del nacionalismo, ya la del comunismo (o el fascismo); sin embargo, la intensidad de la creencia subyacente sigue teniendo un carácter profundamente religioso.”

SALVADOR  
NOVO  
100  
AÑOS  
HOMENAJE NACIONAL  
DOS MIL CUATRO

LITERATURA / DANZA / MÚSICA / EXPOSICIONES / TALLERES

CEREMONIA INAUGURAL

Palabras de Carlos Monsiváis

Lecturas dramatizadas

Adán  
y Eva

y

El tercer  
Fausto

Compañía Nacional de Teatro  
Dirección: Germán Castillo

Viernes 30 de julio,  
20:00 hrs.

Palacio de Bellas Artes  
Av. Juárez y Eje Central

CONACULTA · INBA la cultura en tus manos Contigo es posible

Informes: 5282 1964 / Lada: 01 800 904 4000  
infoinba@inba.gob.mx / www.cnca.gob.mx